



HISTORIA DE LILIANA Y OSVIL: LOS BUSCAMOS A TODOS

Mi nombre es Liliana Bernal Cervantes y nací el 23 de mayo de 1975 en un pueblo de Sinaloa que se llama Tamazula, en el municipio de Guasave. Soy madre de Osvil Leyva Bernal, a quien busco desde el 4 de marzo de 2016. Ésta es mi historia y la de mi hijo.

Yo fui la más chica de una familia de cinco, tres mujeres y dos hombres. Todos crecimos en un campo pesquero que se llama Cerro Cabezón, en donde mi papá era el dirigente de una cooperativa camaronesa en la que participaban diez pangas. Mi mamá era comerciante y nos enseñó desde chicos a ser negociantes. A mí no me gustó la escuela, y sólo estudié la primaria. Ahora me pesa mucho, pero en ese entonces si uno les decía a los padres “ya no quiero estudiar”, te dejaban quedarte en casa.

Así que me quedé en casa a ayudarle a mi mamá. No puedo quejarme, tuve una infancia muy bonita; el pueblo era muy tranquilo, sólo tenía dos calles y todos nos conocíamos. Yo recuerdo que estaba chiquilla y mi mamá se levantaba a las 4 de la mañana a hacerle el lonche a mi papá, y a esa hora nos levantábamos todos a tomar café con él. Lo despedíamos y se iba a pescar. Cuando llegaban todas las lanchas a la orilla, corríamos al mar a recibirlo y a ayudarle a descargar el camarón. Lo primero que peleaba yo cuando miraba que llegaba era la lonchera, porque siempre traía los burritos. Lo que no se comía mi papá en altamar a nosotros nos parecía un manjar, nos peleábamos por los “burritos paseados”. Esas eran las pequeñas cosas que nos hacían felices.

Mis recuerdos de infancia son muy alegres, porque eran buenos tiempos para la pesca del camarón y podíamos vivir muy bien de la coo-

perativa. Yo era una niña muy consentida, mi mamá iba a Guadalajara a traer cosas para la venta y siempre me traía regalitos: unos aretes, un vestido. Un gran contraste con las carencias que mis hijos y yo enfrentamos ahora.

Como no me gustó la escuela, al dejar la primaria me convertí en ayudante de mi madre en la venta de ropa. Yo era buena para los números y la acompañaba todos los sábados a cobrar, andaba con mi libretita por todo el campo pesquero visitando a quienes le debían. Así pasé la adolescencia y me convertí en comerciante como mi mamá. Ahora me pesa no haber aprovechado las oportunidades que tuve de estudiar, no haberme preparado más. Pero yo sola me he ido formando; guardo los libros que mis hijos compran para sus estudios y luego los leo yo. He aprendido mucho así; por ejemplo, al escribir no se me va un error en la ortografía.

A los 15 años conocí al papá de mis hijos y nos enamoramos. Su abuela tenía una flotilla de pescadores camaroneros y compraron una casa en Cerro Cabezón. Él estaba en un colegio en Los Mochis estudiando la secundaria cuando nos conocimos y nos hicimos novios. Todo era muy formal entonces, pidió permiso a mis papás para irme a ver y me visitaba jueves y domingo de 7 a 9. Esos días cenaba con mi familia y nos sentábamos todos juntos a ver la televisión. Él era muy trabajador, siempre andaba con su mamá en la camioneta, comprando camarón y cargando las hieleras, no era como otros chamacos vagos que no hacían nada. Aparte era muy detallista conmigo, siempre me daba regalos, me ponía atención, se preocupaba por mí.

Duramos dos años y medio de novios, íbamos a todos lados juntos y su mamá me quería mucho. Un día que fuimos a una fiesta, un 29 de enero, saliendo de un baile me propuso que me escapara con él. No lo pensé mucho, todavía no tenía 18 años pero estaba muy enamorada. Nos quedamos en la casa que su familia tenía en el campo pesquero y luego nos fuimos a Los Mochis a casa de su mamá. Yo me sentía muy mal con mi papá, porque era la más chica y su consentida y había traicionado su confianza. Así que a las dos semanas de que nos escapamos fuimos a pedir perdón. Mi papá estaba enojado, pero me quería mucho

y yo sabía que me iba a perdonar. Me dijo: “¿Qué?, ¿hasta ahorita se terminó el baile?, ¿duró 15 días el baile?”. Fue bien chistoso.

En 1993, a los dos meses de habernos escapado, quedé embarazada de mis gemelos y decidimos casarnos por el civil para que me pudiera registrar en el seguro. Él tuvo que dejar la escuela y empezar a trabajar; se contrató como operador en una pasteurizadora que se llama Leche Yaqui. Durante siete años vivimos con mi suegra, ella siempre fue muy buena conmigo. Hace nueve años que me divorcié de su hijo y tengo una nueva pareja, y ella me sigue tratando como una hija. Siempre he sido muy “encimosa” con ella, la mimo mucho, le pinto el pelo, le arreglo las uñas. La quiero mucho, sigue siendo mi familia aunque yo ya no sea esposa de su hijo.

Como mis primeros hijos fueron gemelos, ella fue un apoyo muy importante para mí cuando nacieron. Llegaron al mundo el 27 de octubre de 1993 y los llamamos Osvil Oswaldo y Elvis Oswaldo. Desde recién nacidos mi suegra se hizo cargo de Osvil para que yo pudiera cuidar al otro; fue como su segunda mamá. Los niños estaban conectados: si lloraba uno, lloraba el otro; si se enfermaba uno, inmediatamente se enfermaba el otro, así que hubiera sido pesado sin su ayuda. A los tres años de que nacieron los gemelos, en 1996, nació Jesús Benjamín; luego, en 2000, tuve a Luis Irán; en 2002 a Mauri Alberto Guadalupe, y en 2008 me llegó la niña, Lilian Mariana. Tengo cinco hijos y una hija.

Después de siete años mi suegra nos regaló una casa, toda equipada. Esa fue la casa donde crecieron mis hijos y ahí vivimos hasta que me separé de mi esposo. Pero Osvil se quedó con mi suegra, estaba muy acostumbrado a ella, y no le decía abuela sino mamá. Yo la verdad no me ponía celosa porque quería mucho a mi suegra y ella siempre les daba a todos mis hijos por parejo; por ejemplo, si viajaba, a todos les traía un regalito. Pero con Osvil se hizo una relación muy especial; nos decía que si el niño se quedaba a dormir con nosotros, a ella le daba insomnio y no podía dormir. Vivían juntos mi suegra, una cuñada sordomuda que nunca se casó y mi hijo Osvil.

La casa que nos regaló estaba en pleno centro de la ciudad, cerca de la central de abastos; mis hijos desde chiquitos eran muy movidos,

los fines de semana se iban a la central y ayudaban a los vendedores. Regresaban con un diablito con verduras para toda la familia, así les pagaban, con frutas y verduras, ya sólo faltaba la carne para hacer el caldo. Tenían entre 7 y 9 años y ya me ayudaban con la comida. Pero Osvil era de lento aprendizaje y le costaba mucho la escuela, así que terminando la primaria no quiso seguir estudiando. Elvis, en cambio, salió muy bueno para la escuela y terminó la preparatoria. Como Osvil no quiso estudiar, se metió a un taller y empezó a ayudar al mecánico y a aprender de carros.

Los primeros años de vida de mis hijos estuvimos muy bien; Oswaldo, mi esposo, era muy responsable y me entregaba el cheque entero para que yo lo administrara. Después de nueve años dejó la pasteurizadora y se contrató como recepcionista en un hotel, le pagaban más y le dieron prestaciones. Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar en 2006, cuando uno de sus hermanos, que tenía adicciones, se regresó de Tijuana donde vivía y se vino a vivir con la suegra. Mi marido era débil de carácter y el hermano se lo fue jalando. Primero empezó a fallar en el trabajo y luego me di cuenta que también estaba usando cristal.⁶ Su hermano trajo puros problemas a nuestra vida. El hermano vino a cambiarlo todo; primero perdió su trabajo, no teníamos ni para comer. Pasaba días enteros acostado. Yo discutí varias veces con el hermano, que lo dejara en paz, que Oswaldo tenía responsabilidades que cumplir, y él le decía: “mandilón, te controla tu mujer”. Fueron años súper difíciles para toda la familia. Al principio no entendía qué estaba pasando, no me había dado cuenta que usaba drogas, sólo veía que comía poco y su salud se estaba deteriorando. Hasta que lo vi con mis propios ojos. Lloré mucho y su mamá también.

El padre amoroso y responsable ya no existía, me costaba reconocer al hombre en que se había convertido. Tuve que empezar a trabajar, me contraté como cocinera en la central de abastos. Le daba de comer

⁶ El cristal es un tipo de estimulante poderoso y sumamente adictivo que afecta el sistema nervioso central. La metanfetamina de cristal es una forma de la droga con aspecto de fragmentos de vidrio o piedras blancoazuladas brillantes. Es una droga de uso común entre los jóvenes del norte de Sinaloa enganchados en el consumo, dado su bajo costo y alta potencia.

a los empleados de una cremería. Ahí trabajé por dos años. Los papeles se invirtieron y él se quedaba en la casa y yo salía a trabajar. Aguante así un tiempo, pero tomé la decisión de separarme porque una vez, bajo el efecto de las drogas, se puso violento y golpeó a Elvis, uno de los gemelos. Cuando se drogaba se ponía irreconocible; por una tontería empezó a golpear a mi hijo de 8 años, Elvis lo defendió y le dijo que mientras él viviera nunca más iba a tocarme a mí ni a sus hermanos. Fue un día horrible, el niño pequeño terminó en el hospital. Yo le llamé a la policía y se lo llevaron preso. Mi suegra, en vez de apoyarme, tomó partido por su hijo y se enojó conmigo por haber dado parte a la policía. Ese día tomé la decisión de separarme, no iba a seguir arriesgando a mis hijos.

Tuve la suerte de que una hermana de mi suegra me apoyó y durante dos años me prestó una casa amueblada y me ayudó con el mantenimiento de mis hijos. Para empeorar las cosas yo me enfermé gravemente, estuve a punto de morir por un mioma que me salió en la matriz. Perdí mucha sangre y me dio anemia. Cuando estaba hospitalizada vinieron mi suegra y mi marido y me pidieron perdón. Él lloró mucho y quería que regresáramos, pero yo le dije que mi decisión era irreversible, que lo perdonaba pero que no volvería nunca con él. Yo me recuperé; la hermana de mi suegra pagó todos los gastos de mi hospitalización y fue un apoyo muy importante en esa época tan difícil de mi vida. Con mi suegra restablecimos relaciones y a la fecha somos muy cercanas.

Pero ella no tuvo la fuerza para internar a su hijo en un centro de rehabilitación, tal vez se hubiera salvado si ella hubiera tomado la decisión. Mientras tanto, mi hijo Osvil trabajaba en un taller mecánico y se movía entre las dos casas. A todos nos había afectado mucho la adicción de su papá, pero salimos adelante como familia. Elvis y Osvil entraron a trabajar en un restaurante de mariscos de unos amigos de la familia, y entre los dos me ayudaban a sacar adelante a sus hermanos. Con el tiempo, Jesús Benjamín y yo también entramos a trabajar al mismo restaurante. Como la niña aún estaba chiquita, mi mamá me ofreció hacerse cargo de ella y se la llevó a vivir a Cerro Cabezón; a la fecha, ella sólo viene a verme los fines de semana.

Las cosas se empezaron a estabilizar de nuevo; me salí de la casa de la tía de mi esposo y rentamos una casita. Ella me regaló todos los

muebles para equiparla. Todos trabajábamos y aportábamos a la casa y yo conocí a quien ahora es mi pareja, un profesor jubilado con el que tengo una relación de cinco años. Incluso visitábamos a mi suegra con mi nueva pareja y no había problema, el papá de mi hijo lo saludaba y los dos se respetaban. Pensé que la vida ya me había cambiado y que había encontrado la tranquilidad.

Sin embargo, el 4 de marzo de 2016 la desgracia nuevamente llegó a nuestras vidas. Mi hijo había ido a visitar a una prima por el lado de su papá cuando hombres armados llegaron a la casa donde estaban, llevaban la foto de un hombre al que iban a buscar, pero nadie lo conocía. Creemos que se equivocaron de casa porque la foto era de un desconocido. Pero los malandros decidieron llevarse a mi hijo en vez de a la persona que buscaban. Siempre me pregunto ¿por qué a él, si no le había hecho mal a nadie? Pero estos malandros no necesitan una razón para hacer daño, esto lo he aprendido al conocer otras historias de jóvenes que han desaparecido.

Mis cuñadas habían sido testigos de todo y avisaron a la familia; llegamos de inmediato a la casa de las sobrinas. No podía creerlo, estaba aterrorizada de que le fueran a hacer daño, pero a la vez incrédula de que esto me estuviera pasando a mí. A las pocas horas de que se lo llevaron, mi cuñado recibió una llamada del celular de mi hijo, era la voz de un hombre que no reconocimos. Lo citó en una gasolinera que está pegada a un Oxxo; le dijo que le entregarían a mi hijo porque “estaba limpio” y no tenían problema con él. Fueron mi ex marido y su hermano, el mismo que lo había metido en las adicciones. Lo paradójico es que cuando esto pasó Gualo estaba limpio, hacía tiempo que había dejado las drogas. Se fueron los dos al lugar en donde los citaron y nunca más volvimos a saber de ellos. Esperamos y esperamos una llamada, marcamos inútilmente a sus celulares y nos respondía un mensaje que decía que esos números estaban desconectados. Cuando pusimos la denuncia exigí que pidieran los videos del Oxxo, porque sé que cubren un área muy amplia. Así podríamos ver quiénes se los llevaron y el rumbo que tomaron. Pero las autoridades ignoraron mis peticiones.

Levantamos la denuncia en el Ministerio Público Especializado en Desaparición Forzada, pero no hicieron nada. El licenciado Arellano

me dijo que habían pedido los videos, pero yo personalmente fui al Oxxo y me dijeron que nunca habían ido a pedir cámaras. Fui a confrontarlo y le dije: “Licenciado Arellano, ¿qué tengo que hacer para que se muestre el video de la gasolinera y del Oxxo, para que comprueben o vean qué tipo de personas eran, o el carro? ¿O las características, o cómo fueron los hechos?”. Pero nunca me hicieron caso, los encargados del Oxxo me dijeron que sólo fueron a preguntar si la persona en turno había visto algo, pero que eso fue todo. Les pedí que me los enseñaran a mí, pero como no tengo una orden judicial no me pueden mostrar nada.

Ellos realmente no investigan, por eso dejé de ir al Ministerio Público. Las compañeras del grupo van cada quince días y nunca hay noticias. Desde que entré al grupo no ha habido ni un solo caso que ellos hayan resuelto; que nos digan: “hemos seguido estas pistas y encontramos a esta persona”. Ya no espero nada de ellos, mis esperanzas están en mis compañeras que buscan como yo, son ellas las que me van a ayudar a encontrarlos. Pero hasta ahora todas las pistas que hemos seguido han sido falsas. A los dos meses de haber desaparecido mi hijo hicieron una llamada anónima a la casa de mi suegra y le dijeron que lo buscáramos por el campo pesquero, que había una salina a la orilla de un cerro. Pero era una pista falsa, a las orillas del cerro no hay ninguna salina, sólo casas. Pero igual le llevé el número del que me llamaron al licenciado Arellano, sólo para que me dijera que el número no existía.

Yo sólo quisiera saber dónde están. Quisiera encontrar a las personas que se los llevaron, pero no para castigarlas, sino sólo para que me digan dónde me los dejaron. He pensado mucho en esto, y para muchos será difícil entenderlo, pero en mis oraciones pido por mi hijo, su padre y su tío, pero también por los que se los llevaron. Porque sé que aquí muchos de esos jóvenes también son víctimas, muchos son reclutados a la fuerza, los amenazan con matarlos o matar a su familia. Conocí a un joven de 19 años que estaba de puntero,⁷ su papá me contó cómo se lo llevaron a la fuerza. Lo veía parado horas cerca de mi casa y un día me acerqué a hablar con él y a ofrecerle un taco. Me daba miedo al principio, pensaba “qué tal que me levantan junto con él”, pero al ver

⁷ Referido a los jóvenes que trabajan como vigilantes de los narcos [N. de las E.].

su mirada vi que era un niño, haz de cuenta que estaba viendo a mi hijo. Yo le decía a su padre: “rescátelo, aún es tiempo”. Poco a poco me fue tomando confianza y un día se puso a llorar, me contó que tenía una niña chiquita a la que no podía ver, que lo obligaban a trabajar para ellos y lo tableaban⁸ cuando no los obedecía. Si él los denunciaba sabía que su familia corría peligro.

Es un camino sin salida, un infierno. Un día encontraron su cuerpo tirado en una obra de compuertas. Y eso se repite acá todos los días, sólo del 4 al 10 de marzo se llevaron a unos 20 muchachitos. El licenciado Miguel del Ministerio Público me dice que tal vez a mi hijo lo tienen trabajando por la sierra. Son tantos a los que se han llevado que no pierdo la esperanza de que un día mi Osvil regrese. El otro día mi niña más pequeña, Marianita, vio a un indigente y le quiso dar un yogur que acababa de comprarle. “Pobrecito, me dijo, tal vez mi hermano anda así en algún lado”.

Todos hemos sufrido mucho por la desaparición de Osvil y de su papá, pero sobre todo mi niña pequeña, Mariana, y mi hijo de 15 años, Mauri Alberto Guadalupe, fueron los que reaccionaron más fuerte ante la desaparición. La niña se puso rebelde, ya no quería estudiar, se alejó de todos sus amigos y se pasaba escribiendo el nombre de su papá y de su hermano en el cuaderno. El niño de plano dejó de estudiar, no se concentraba y se la pasaba llorando. Sus compañeros lo molestaban y le decían niña porque lloraba todo el día. En el *Face* escribía: “Osvil, te quiero hermano, te extraño hermano”; “Los amo papá y hermano Osvil”; “Te extraño mucho carnal”; “Padre, cuidame mucho a mi carnal en donde estén”. A los dos los tuve en terapia como seis meses. Poco a poco han ido saliendo.

Ahora mis cuatro hijos trabajan en una carreta de tacos al pastor, tienen muy buena sazón y el dueño de la carreta está muy contento con ellos porque son muy trabajadores.

Para mí la mejor terapia fue haber encontrado a Las Buscadoras. Moralmente estaba deshecha, no sabía cómo seguir adelante. Me la pa-

⁸ Se trata de una técnica de tortura utilizada con frecuencia por ejércitos estatales, paraestatales y privados, en ésta y otras regiones de México. Implica el uso de una tabla de madera para apalear a la persona torturada directamente sobre la piel [N. de las E.].

saba encerrada, sin ganas de hacer nada, comiéndome las uñas y arrancándome los pellejitos, sólo pensando y pensando dónde los puedo encontrar, dónde están. Ahora no estoy sola, las tengo a ellas; llego a la oficina y todo cambia, porque lloramos, nos reímos, gritamos, nos desahogamos. Esa ha sido la mejor terapia para mí, estar en el grupo. Más cuando voy a búsqueda. Cada día de búsqueda mi vida adquiere sentido. Una noche antes me pongo en oración y digo: “Señor, ponme a mi hijo en el camino, quiero encontrarlo, que esta búsqueda sea positiva, y si no es el mío que sea el de mi compañera, para que descanse”. Somos una comunidad, nos apoyamos las unas a las otras, esto hace más llevadero el sufrimiento que todas tenemos. También hemos ido formándonos, nos rotamos para poder tomar los cursos que se ofrecen y aprender sobre derechos, sobre genética, sobre el geo-radar, sobre protocolos de búsqueda.

Yo soy de las más participativas, quiero aprender todo lo que pueda ayudar a encontrar a nuestros hijos. Por eso dice Mirna que soy “muy metiche”, porque quiero estar en todo, pero es una manera de ir aprendiendo y poder contribuir al grupo. Estoy muy agradecida con ellas, con el apoyo que me han dado, yo me debo a Las Buscadoras de El Fuerte, a mis compañeras, con ellas seguimos en la lucha. Le hice una promesa a mi hijo: que si lo encuentro, de todas maneras voy a seguir buscando a los de mis compañeras, voy a seguir apoyándolas y es algo que le pido mucho a mi Diosito, que me lo entregue, que me lo ponga en el camino y que me dé más fortaleza para seguir buscando a los demás. Todos son nuestros hijos y los buscamos a todos.

LES PIDO PERDÓN

Yo también vivo la incertidumbre de no saber cuál será mi destino.

Y sé que también di dolor a una madre, sin promesas de restauración.

Nada, lo sé, será suficiente para reivindicarme delante de ella.

*No puedo regresar el tiempo,
regresar a ese momento,
en que cegué la vida, imprudencialmente, a un hijo.*

Catorce años he vivido en cautiverio.

*Mil palabras rogando perdón, ni en las peores pesadillas, bastarían,
be llegado a imaginar su situación, el dolor de perder lo más querido.*

*Yo también crucifiqué a mi prole, con mi obligado abandono,
hijas por quienes ruego al creador cada día,
para que no se encuentren con personas sin piedad.*

*Ustedes lloran por su ausencia,
yo porque quizá pueda volver de mi prolongado exilio.*

*Deseamos consuelo, lo merecemos, de cualquier forma,
quizá no soy la persona idónea para aconsejar o consolar,
pero ojalá pronto cicatricen nuestras heridas
y podamos ser amigas.*

Yo soy homicida, les pido perdón.

SUZUKI LEE